

ROGELIO GUERRA ESPINOZA

*M*aestro de educación primaria egresado del CRENA, actor popular y callejero reconocido dentro y fuera del país. Promotor del arte y la literatura, luchador social, profesor de la institución que lo formó y promotor del “mochilismo utópico”. Ha participado en programas de radio y televisión. Ha sido actor en pastorelas y cuadros vivientes de la vida indígena, la Independencia y la fiesta de los muertos. Es autor de varios libros, entre ellos sobre el medio ambiente y Pancho Villa, además de ser un divulgador ingenioso de la historia y leyendas de Aguascalientes y lugares aledaños.

Perseidas

A lomo de tu juventud empiezas
la búsqueda de sueños y progreso;
y en la Normal, joven de nuevo ingreso,
tendrás tanto alegrías, como tristezas.

Cuando “al fin” sientas que feliz egresas,
será sólo el comienzo, y el acceso
a un mundo de servicio, y un proceso
de expandir tu existencia en mil promesas.

Y pasarás tu vida –¡cuánto admiro!–
entregando tu vida a la enseñanza,
y de pronto... el momento habrá llegado

que, al otear la vida en lontananza,
verás que transcurriste en un suspiro.
¡Y serás felizmente jubilado!

Quiero

Plasmar en ironía
con la creatividad insomne
de la despierta madrugada,
lo imposible de la felicidad
constante,
lo inútil de buscar
que las cosas
no transcurran;
lo absurdo de querer
que el tiempo ya no fluya.

Lo triste de plantear
que seré feliz
sólo con la petrificación
del viento...

Che

Esa sonrisa
tan simple, pura,
alegre y sincera,
sólo puede tenerla
alguien que lleva el amor
de toda la humanidad
reunido en su corazón.

La leyenda del fantasma

Relato que narra cómo, por ser ingenuo, un aventurero actor aficionado a la historia fue convertido por las circunstancias en un chichimeca necesariamente pelón que al ir bajando del cerro más cercano al mentado “Fuerte de Bocas” de la llamada Ruta de la Plata o Camino Real de Tierra Adentro y asustar –sin proponérselo– a un motociclista ídem (aventurero) e ingenuo, se transfiguró sin querer en “La leyenda del fantasma guerrero chichimeca y pelón, guardián del centro ceremonial guachichil, que baja del cerro, amenazador y corriendo”.

Llegamos a bordo del Trooper cuatro por cuatro al pie del cerro. Metí entre una mezquitera, bajo la sombra, a mi todoterreno Izuzu. Paloma y Joel, con los ojos fascinados por lo que para ellos significaba conocer un lugar que su maestro de arqueología, Nacho, en la Universidad de Zacatecas, les había dicho que tenía marcado como sitio arqueológico; Bertha, con

el gusto que le da siempre que hay oportunidad de que vayamos en familia al campo, y yo, que había quedado con Jaime de verme allí, en ese cerro, para grabar un programa acerca de los vestigios indígenas y de la Ruta de la Plata.

Estaba solo el sitio, en la soledad de su retiro. Nada más nosotros en el lugar. Bajamos del Trooper Izuzu con las botellas de agua y la mochila donde traía mi vestuario de indígena, el mismo que usé en la obra *Semblanza de un mexicano* hace dieciséis años y que aún me pongo cuando hacemos el Ceremonial del Fuego Nuevo desde 1998. Bertha miró hacia todos lados, en redondo, para poder decirme con cierta seguridad:

—No ha llegado Jaime, ¿verdad?

Cuando la respuesta es obvia, no suelo contestar, Bertha ya lo sabe, así que interpretó mi silencio como un no, con un 90% de probabilidad de acierto.

Se refería a Jaime Arteaga Novoa, mi amigo con quien nos habíamos quedado de ver allí para grabar los spots. Jaime Arteaga es también el nombre del periodista que más investigación de campo ha hecho en la región acerca de los orígenes históricos de Aguascalientes, sus habitantes y su imaginario colectivo. El resultado de su trabajo se ha visto reflejado en vastas publicaciones, artículos de periódicos, libros y hasta en los programas de televisión, como *Orígenes e Historias no contadas*. Con esas series televisivas ha ganado en un par de ocasiones el Premio Nacional de Periodismo.

Junto con Jaime, hemos andado algunos locos OH (obsesivos de la historia) –contagiados de su entusiasmo– que de algún modo compartimos con él ese gusto –a veces pasión– por descubrir o imaginar nuestro pasado y el deseo de reconstruir nuestras raíces abrevando de la tradición oral de nuestro pueblo, en las fuentes geográficas, vestigios y lugares que se conservan casi iguales a pesar del paso de los siglos. Lugares como éste, donde termina el valle y empiezan los cerros que luego

se hacen montañas y que más allá se tornan en cordilleras que desembocan en la Sierra Madre, suelen ser nuestros favoritos.

Fuimos pues, en la medida en que ascendíamos, dejando el Trooper poco a poco y cada vez más lejos. Empezamos los cuatro a subir el cerro, lento, sin prisa. Paloma y Joel fueron a paso veloz, ganándonos delantera a Bertha y a mí que íbamos también al paso, pero de tortuga. La juventud. Claro, treinta años de diferencia no es mucho, pero de todos modos cuenta y algo se nota, sobre todo a la hora de subir una cuesta: cuesta esfuerzo y a veces mucho con esa edad a cuestas.

Así hemos acompañado a Jaime en sus aventuras detectivescas, entre otros, Rolando Bernal y yo, con empeño, a veces juntos y a veces por separado. Ya recorrimos muchos caminos con Jaime y su amplio equipo de grabación (compuesto de un elemento que a veces, en raras ocasiones, se amplía a dos), hemos grabado desde la ruta de la derrota de Hidalgo (de Calvillo a La Hacienda de San Blas –hoy Pabellón de Hidalgo–) hasta grandes tramos de la Ruta de la Plata (allá por Trancoso y los pueblitos mágicos y perdidos que van desde Ojuelos, Jalisco, hasta Guadalupe, Zacatecas). Nomás nos ve de lejos la gente extrañada y ni cuenta se dan cuando marcamos con orinadas el territorio que vamos definiendo como el Camino Real de Tierra Adentro del Valle de México, a tierras de los zacatecos y tepehuanes o la Ruta de la Plata, de Zacatecas a la Ciudad de México; desde San Bartolo, donde empezó la última batalla del Bajío entre villistas y obregonistas, hasta la ubicación exacta de El Maguey, donde se dio la última batalla del centro, que definió el triunfo de la posición más conservadora de los revolucionarios y le dio el sesgo democrático-burgués a nuestra manoseada Revolución mexicana.

—Allá se ve alguien de aquel lado del arroyo y parece que algo gritan —dijo Bertha señalando con su mentón hacia el occidente, rumbo al pueblo, en dirección hacia donde dejamos el vehículo.

Volteé, detuve la marcha y traté de no hacer tanto ruido con la especie de bufido en que se había convertido mi respiración de cuarenta años de fumador que aspiró a ser chacuaco. Miré hacia la pendiente y de aquel lado del arroyo hacia las bellas y pequeñas elevaciones que son casi en su totalidad de piedra amarillenta por el añejo musgo del seco estío. Efectivamente, eran Jaime y su —en este caso ampliado— equipo de grabación integrado por dos elementos: el camarógrafo y el de producción.

Hacia como tres semanas que, motivados por un programa que hicimos para *Orígenes* acerca del Fuerte de Bocas y su controvertida ubicación, me puse el traje de indio (taparrabo, pectoral, huaraches, rodilleras, todo de carnaza) y sacamos unas tomas en locaciones naturales de un chichimeca cuidando su territorio, acechando a las carretas de los invasores gachupines, decidimos ir a los cerros de una cordillerita que está al oriente de este pueblito llamado Las Negritas, ubicado entre Palo Alto y Los Campos.

—¿Conoces Las Negritas? —me preguntó Jaime la vez que me invitó, refiriéndose por supuesto al nombre del pueblito.

—¿Tú crees que no? —le contesté bromeando—. Si diario me las veo cuando me baño.

Hace como diez días habíamos venido una tarde con Jaime y su equipo de uno, Rolando Bernal, Rafa Rodríguez y yo, y llegamos hasta antes del arroyo, proponiéndonos luego regresar a subir el cerro donde supuestamente, en la meseta arriba, están los vestigios de un centro ceremonial chichimeca. Nos retiramos en este primer acercamiento sin ascender al cerro, pues ya eran aproximadamente las cinco de la tarde y queríamos rodear por Los Campos para recorrer grabando el supuesto camino antiguo que hacían las carretas del Fuerte de Bocas a Ojuelos. Así fue esa vez: rehicimos la ruta por Los Morenitos que está atrás de Las Negritas (sin albur). Salimos allá por Chinampas, cerca de Ojuelos, a la carretera que va a Aguascalientes pasan-

do por Ciénega –debería ser Ciénaga– de Mata y la curva de la M. Íbamos a madres, es decir, volando, como quien dice, bien recio, asustados porque sin querer, en el último tramo de terracería y antes de dar con la carretera de asfalto, topamos con un rancho que tenía toda la finta de cuartel de narcos, sicarios, pistoleros o como se les quiera llamar.

Esta vez había invitado a que vinieran conmigo a Bertha, mi compañera –sabor de su gusto por los bucólicos paseos–, a mi hija Paloma y a Joel, su compañero de estudios en la Facultad de Antropología de la UAZ, para que conocieran el lugar que su maestro les había mencionado como sitio de interés para una investigación arqueológica.

Cuando me alcanzaron los tres, Jaime y su numeroso equipo (ahora compuesto por dos elementos) a la mitad de la inclinada pendiente –que a veces le tiraba a vertical y daba pendiente no poder subir– en una peña ya muy elevada, cerca de la cima, Paloma y Joel ya exploraban la meseta. Bertha se había quedado más abajo, en una pequeña sombra. Entonces me dijo Jaime con la respiración un poco entrecortada, bueno, casi bufando:

—Yo ya no subo hasta arriba ni a mentadas de madre. Que suban mi camarógrafo y mi productor, que para eso tienen veinte años menos. Mejor aquí, en esta peña los esperamos tú y yo.

Pensé: “¿Tú y yo, Kemo Saby?”. Ya ni pregunté a Jaime “¿veinte años menos que quién?”, porque supuse que se refería a la edad de ellos en relación con la de él mismo, y tanteé que, según los cálculos de Jaime, tendrían, pues, unos cincuenta años de edad cada uno de sus ayudantes, por supuesto, aunque me parecieron muy jóvenes como para ser de mi edad. “En fin”, dije, y me limité a seguir subiendo con los chavos, dejando al Yimi un poco desconcertado.

El hecho fue que subimos a la meseta los colegas de Jaime y yo, alcanzamos por fin la cima y nos encontramos allá con Paloma y Joel. “El cámara” instaló su tripié y se aprestó a ini-

ciar la grabación; el productor tomó posición y señalaba a su amigo las tomas de apoyo que necesitarían para una mejor edición. En tanto entrevistaban a Joel y a Paloma que no logró huir fuera de cuadro para que la cámara no la captara, yo me quité los jeans –y lo demás– y me vestí con el traje de indio. Iba a dirigirme hacia el compañero de producción para decirle que ya estaba listo para grabar mi parte (bueno, no grabar “mi parte”, sino grabar la parte del reportaje que me tocaba), cuando me percaté que andaba –yo– con el pelo corto. Con asombro y preocupación, que se iba volviendo desesperación y angustia, me di cuenta que no traía la peluca en la mochila. Esto significaba sólo una cosa: se me había olvidado en una bolsa del Oxxo, en el Trooper, que se quedó allá abajo escondido en la mezquitera.

Volteé hacia todos los presentes, como buscando ayuda, o por lo menos comprensión y consuelo. Pues niguas. Como ni por enterados se daban, dije en voz alta:

—Se me olvidó la peluca allá abajo.

Silencio. Es decir, cada cual en su respectivo asunto. “No se oye, padre”, como dijo el del chiste del confesionario.

—Voy a bajar por ella —agregué.

Voltearon –ahora sí– con algo de indiferencia mezclada con estupefacción y un poco de evidente hueva reflejada sin rubor en el rostro.

Comprendí que a pesar de tener los presentes un promedio de treinta años menos que yo, y cincuenta menos que Jaime –ya había sacado yo mis cuentas–, no iba a ir nadie por mi peluca. Ni modo, había que apechugar la circunstancia. No quedaba de otra. Había que ir, bajar el cerro, meterse entre la nopalera, llegar al Trooper, sacar la bolsa del Oxxo y volver a subir a la cima, que era donde había que iniciar con las tomas ya. Va (pero también ¡bah!).

Tomé aire y me decidí a realizar la terrible tarea lo antes posible y de la manera más veloz que fuera capaz; así, con el atuendo que traía, para no demorarme más. Ni siquiera pensar

en ponerme las botas: primero, para no entretenerme y para no retrasar más tiempo aún; en segundo lugar –que nunca supe si era en primero– había en mí cierto pudorcillo, pues no quería lucir –¿ante quién? No sé– un poco ridículo, con vestimenta indígena y botas de campo tipo Caterpillar, si de por sí ya era algo burdo verme vestido de indio con el pelo corto, recortado al estilo moderno, no greñado como guachichil original, sino como un vil chichimeca pelón. “¡Total!”, pensé, y así, con los pies calzados con huaraches y la caracterización antes dicha –del chichimeca pelón– inicié el descenso al trote.

Al trote porque es la forma ancestral de los indígenas de subir y bajar, pues te cansas menos, resorteas las coyunturas, amortiguas los golpes del impacto natural de la caída al saltar y avanzas más. Con las manos abría cancha para pasar por entre los matorrales y las ramas que a veces eran espinosas, alternando la derecha con la izquierda, me era hasta agradable y placentero el avance.

Con cadencia y ritmo pasé como viento a un lado de la peña donde estaba Jaime, como alma en pena, como alma que lleva al diablo, sin aclararle nada, con la vista puesta en el objetivo de avanzar para bajar e inmediatamente volver a subir trotando, rápido, veloz. Apenas si percibí su sonrisa medio divertida, medio de incompreensión, de duda, como queriendo entender qué hacía yo bajando a la carrera cuando debería estar arriba en la grabación, y estando como estaba de dura la subida, como queriendo preguntarme: “¿volviste a fumar tus cochinas?”.

Seguí por la senda y pasé cerca de Bertha, quien también, asombrada, sólo me vio bajar raudo, decidido, desbocado.

Entonces ocurrió el percance. Escuché el zumbido característico de una motocicleta allá por el camino por donde habíamos llegado, en dirección al Isuzu oculto entre huizaches. Era una motocross tripulada por alguien que, sintiéndose solo, en la lejanía del cerro, parecía ir de paseo, por deporte, a campo traviesa. No sé si fue porque estaba yo mirándole atento a ver

qué hacía y le llamé con mi magnetismo –sin dejar de seguir bajando a la carrera, claro– o porque él, el motociclista, percibió el movimiento de algo o alguien en la ladera y volteó la vista hacia mí, deteniendo poco a poco su marcha, de tal forma que el ruido se convirtió en el de una moto que se detenía lentamente. Sin dejar de mirarme, al parecer estupefacto, fue dando la vuelta en redondo, en forma de “u”, hasta quedar inmóvil, viéndome, apuntando la llanta delantera hacia el punto de donde había venido. Quedó así unos diez segundos, en tanto que yo seguía avanzando ladera abajo también sin dejar de mirarle, pues en ese momento yo estaba intrigado con respecto a él. ¿Por qué se detuvo? ¿Por qué inmóvil me miraba de fijo? No lo entendía. Yo seguía trotando casualmente en dirección hacia él porque hacia allá tenía que bajar por ser el camino más adecuado y que de por sí había yo trazado mentalmente para llegar al cuatro por cuatro.

Repentinamente, dio un arrancón a punto de hacer un caballito, parecido a los arranques que los equinos de carreras hacen cuando escuchan el balazo y les pican los ijares. Emprendió la retirada –o huida, sepa la bola– todavía con la vista puesta en mí, pero después, una vez que inició la marcha de regreso, no volteó hacia atrás absolutamente para nada. Se perdió veloz en la lejanía “hecho la mocha”, rodeando un cerri- to rumbo al pueblo, levantando un hilo de polvo que en escasos –cuando mucho– veinte segundos desapareció también.

En ese momento yo no le di mucha importancia al hecho ni interpretación alguna más allá de lo que vi, pero después reflexioné que debió ser terrible para alguien que se siente solo en el monte ver bajar a un indio chichimeca pelón de allá, de donde dicen que hubo un centro ceremonial hace más de 500 años, corriendo en dirección directa hacia él, con el riesgo quizá de que lo estuviera confundiendo con algún desgraciado español. Era comprensible su asombro porque mientras más me miraba, más se convencía de que era real, que iba hacia él.

No esperó explicación alguna y huyó cual vil y cobarde gachupín en su –ahora– caballo de acero.

Regresé a la meseta con la peluca, me grabaron en panorámico, de zoom a plano general; arcos, paneos y travelings. Bajamos a la roca donde aún Jaime esperaba para filmar con él a cuadro algunos comentarios del lugar. Mientras bajaban todos, me quedé en la parte más alta de esa piedra, como parte del paisaje, como estatua, como escultura, de pie, mirando al valle extendido abajo, hacia lo que fue el Fuerte de Bocas allá a lo lejos, rumbo a la presa Montoro, de aquel ladito de Los Campos. Primero contemplé la cañada y vi pueblos de indígenas, como yo, subiendo a lo plano y otros paseando por el valle y las laderas de los cerros, tranquilos, felices, apacibles. Después aparecieron bravos guerreros de aquí para allá, atacando a las extrañas bestias que, por alguna más extraña razón, se llevaban el metal amarillo y blanco, en extrañísimas naves que se desplazaban como flotando encima de la tierra, a tumbos, como barcas mecidas por el oleaje y el viento, jaladas por extraños seres que no atacaban a pesar de ser más grandes y fuertes. Los peligrosos y malditos eran los monstruillos descoloridos y peludos. Tardamos en entenderlo, pero al fin sabíamos que había que matar a cualquiera de ellos que viniera, porque, por otra –también extraña– razón, ellos, los extraños, a su vez querían exterminarnos a nosotros. Nos mataban con palos filosos, más duros que la madera y más livianos que la piedra. A unos, parecidos a nosotros que habían atrapado en otros lados sin matarlos, los usaban de tamemes forzados, los ponían a acarrear, a cargar los metales.

En tanto yo seguía extasiado contemplando la belleza del paisaje y mirando al vívido pasado, el cámara le daba duro a la filmada, desde media falda del cerro, grabándome en plano ascendente. Por último y antes de retirarnos, Jaime propuso una toma entrevistándome así, caracterizado, pero simulando que él hacía la crónica del lugar cuando yo me le aparecía sorpresi-

vamente. Así lo hicimos. Estaba él a cuadro cuando detrás de la nopalera apareció un amenazador indio, que se dirigió hacia el feo y extraño barbón que tenía un extraño artefacto en la mano frente a un más extraño aparato manipulado por un –aún más feo y por demás extraño– cámara que, extrañado y con cara de estreñido, grababa la escena.

—Estamos aún en la falda del cerro donde se han encontrado vestigios de lo que parece, según los estudiosos de la arqueología, un centro ceremonial chichimeca, aquí donde también es posible que haya pasado la Ruta de la Plata entre Zacatecas y Ojuelos... pero.. ¡Ah, caray! ¿Qué pasa? ¿Quién es usted?...

El indio lo mira fieramente, lanza una salvaje mirada a la cámara y luego contesta:

—Soy un guardián del territorio chichimeca.

—Pero ¡Tenemos entendido que fueron exterminados!...

—No. Eso han creído algunos, porque son tontos, pero vivimos aquí desde siempre. Y aquí seguiremos, cuidando los terrenos nuestros, tratando de impedir que los ocupen los extraños invasores, somos guardianes ancestrales —sentí un escalofrío al decir esto, me puse serio y empecé a creerme lo que estaba solamente representando. Jaime, como que presintió lo que me pasaba, porque me miró con una expresión de “¡Ay, no mames, güey!”; pero yo terminé mi intervención diciendo la vieja frase reivindicativa: “¡Arrancaron nuestros frutos, cortaron nuestras ramas, quemaron nuestro tronco, pero no pudieron matar nuestras raíces!”; sólo esperó Jaime a que terminara de decir esto y de plano me arrancó el micro de la mano.

—Esto es todo. ¡Gracias por su atención!

Tan-tán.

No he visto cómo quedó la grabación final ya editada y todo, pero quiero creer que quedó bien. A mí me quedó la satisfacción de haber participado en un programa más con Jaime

Arteaga Novoa, de reivindicación de nuestras raíces y rescate de nuestra cultura. Ya con calma, pensándolo bien, también me queda la pena de haberle puesto el susto de su vida –aunque más bien creo que fue de bajada– a aquel cuate de la motocross, que vio a un guerrero chichimeca pelón bajando veloz del cerro, directo hacia él. También me queda la vergüenza de haber sido el causante de la leyenda de Las Negritas, que desde entonces cuentan que los domingos por la tarde se aparece el fantasma guardián del centro ceremonial de los güachichiles, bajando del cerro, corriendo veloz cuesta abajo, correteando a cuanto cristiano encuentre, sin importarles que vaya o no en motocicleta.

